

BANANA YOSHIMOTO
RECUERDOS DE
UN CALLEJÓN SIN SALIDA

Traducción del japonés
de Gabriel Álvarez Martínez

TUSQUETS
EDITORES

Índice

La casa de los fantasmas	11
¡Mamáaa!	63
La luz que hay dentro de las personas	121
La felicidad de Tomo-chan	141
Recuerdos de un callejón sin salida	159
Epílogo	209

Al maestro Fujiko F. Fujio*

* Nombre artístico de Hiroshi Fujimoto (1933-1996), dibujante de *manga* creador de series emblemáticas como *Doraemon*, *Kiteretsu* o *Pāman*, que junto con Motoo Abiko (1934) publicó obras como *Obake no Qtarō* bajo el seudónimo de Fujiko Fujio. (*N. del T.*)

La casa de los fantasmas

–Pues la verdad es que me apetecía comer *nabe*,* pero es muy aburrido comerlo solo. ¿Por qué no vienes a mi casa y lo comemos juntos, Secchan?***

Yo sólo le había propuesto: «Te invito a algo con la paga, por haberme sacado las castañas del fuego en el trabajo».

Y ésa fue la respuesta que me dio Iwakura.

No sabía cómo tomarme que un chico que vivía solo me invitase a su casa de ese modo.

«Pero, conociéndolo como lo conozco, seguro que no hay segundas intenciones. Además, vive ahí al lado», pensé.

Después de todo, había sonado natural, lo había dicho con la candidez pintada en el rostro, y mi corazón no se había acelerado en absoluto.

* Plato que se suele preparar en una olla especial sobre un hornillo. Consiste en diversos ingredientes (carne de distintos tipos, verduras, tofu, etc.) que se cuecen en un caldo a base de salsa de soja, azúcar, agua y alga konbu, entre otras posibilidades, dependiendo de la región y de los gustos del comensal. (*N. del T.*)

*** *-chan* es un sufijo afectuoso que se añade a ciertos nombres, sobre todo de niños o de chicas. En este caso, el nombre de la protagonista podría ser Setsuna. (*N. del T.*)

Iwakura tenía algo extraño, a medio camino entre la alegría y la tristeza, como un cielo nublado en pleno invierno; eso, de alguna manera, me hacía dudar de si realmente me gustaba, pues yo no sentía esa vitalidad, ese entusiasmo, tan importante en los amores jóvenes, que le da alas a una.

–De acuerdo. Entonces, ¿vamos a tu casa y lo preparo? –dije, y el plan del día se decidió sin más.

Estábamos sentados en un banco bajo un enorme olmo de agua, el único que crecía en el campus de nuestra universidad.

Yo apenas tenía amigos, y los pocos que tenía dedicaban su tiempo a pequeños trabajos, sin apenas pasarse por clase. Suele ocurrir en estúpidas universidades privadas. Por eso Iwakura, que iba mucho a su aire, y yo congeniábamos tan bien.

Lo conocí en una especie de pub del barrio, donde yo sustituía temporalmente a una amiga. Él trabajaba de barman.

Desde entonces, cada vez que nos encontrábamos en la universidad, íbamos a almorzar juntos o charlábamos.

Era el único hijo de los dueños de una pastelería famosa en la zona por sus rollos de bizcocho y, según se comentaba, trabajaba de sol a sol y ahorrraba dinero para no seguir los pasos de sus padres. Así vivía. Si durante su época universitaria no ahorrraba y no decidía su futuro, se pasaría el resto de su vida horneando

rollos de bizcocho. En su día a día, consagrado al trabajo en el pub, se hacía visible el agobio de quien tiene el camino marcado.

–¿No te gusta el rollo de bizcocho? ¡Pero si es lo mejor del mundo! –exclamé; me pirraban los rollos de bizcocho.

–No es que no me guste... Pero no es fácil trabajar en eso si tienes una madre tan perfecta como la mía: alegre, simpática, esforzada... –repuso Iwakura.

Ciertamente, el buen carácter y la amabilidad de su madre eran bien conocidos en el barrio vecino. Mucha gente iba a comprar allí por el amable trato que le dispensaban.

–Yo..., yo creo que soy un buen tipo.

–Por supuesto que sí.

Bastaba con pasear con él para darse cuenta de su amabilidad. Por ejemplo, mientras dábamos una vuelta por el parque, si los árboles se agitaban con el viento y la luz oscilaba, él entornaba los ojos y ponía cara de «¡Qué maravilla!». Si un niño se caía, en su cara se leía: «¡Vaya, se ha caído!» y, cuando uno de los padres lo cogía en brazos, en su rostro se reflejaba el alivio. Esa sensibilidad espontánea es propia de quien ha recibido algo sumamente valioso de sus progenitores.

–Pero si sigo viviendo en casa de mis padres, me convertiré en una persona cada vez más afable.

–¿Y cuál es el problema?

–No hay ningún problema, pero no sería una afabilidad natural. Cualquiera puede ser amable si vive

tranquilo y tiene dinero y tiempo, ¿no te parece? Pero entonces sólo se es amable en ciertas circunstancias. Y las cosas malas y turbias que uno lleva en su interior van creciendo. Quizás acabaría viviendo para siempre con una bondad superficial. Soy un buen tipo por naturaleza y, a ser posible, me gustaría cultivar esa bondad, no mis aspectos negativos.

–¿Por eso te esfuerzas tanto por ahorrar?

–Yo no diría eso. Sólo hago lo que he decidido y lo que puedo hacer. Si no intentara tomar un camino diferente, acabaría quedándome en la pastelería. Y ya nunca podría librarme de las ataduras –dijo Iwakura.

Entrar en nuestra universidad costaba mucho dinero.

En mi caso, como había nacido en una época en que mis padres tenían mucho trabajo, me habían matriculado en la guardería de la misma institución educativa y había ascendido curso a curso hasta llegar a la universidad.

Yo era hija de los dueños de un restaurante de cocina occidental más o menos famoso que estaba en el barrio vecino. Era lo bastante conocido como para salir en las guías turísticas, y atraía a familias y a hombres de negocios a quienes les apetecía darse el lujo de comer fuera, pero no tanto como para ir a un caro restaurante francés.

Cuando llegara el momento, yo quería regentar el restaurante y suceder a mis padres, como éstos lo habían hecho con los suyos, de modo que me bastaba con los estudios que cursaba: hiciera lo que hiciese, la

carta del restaurante no variaría. Ya me habían enseñado cómo preparar *omurice*,* salsa *demi-glace* y arroz pilaf, y sólo me quedaba obtener en breve la licencia de cocinera.

Mi hermano mayor, a quien no le apetecía seguir con el negocio familiar, se había marchado de casa cuando iba al instituto. En la actualidad trabajaba sin descanso para una agencia publicitaria.

Quizás Iwakura me caía bien porque me recordaba mucho a mi hermano en la época en que éste se decía: «No sé qué voy a hacer, pero no pienso seguir con el negocio familiar».

En esa época, por las noches, él me confiaba sus inquietudes.

Mi hermano era muy curioso, en el buen sentido de la palabra, le gustaba relacionarse con la gente y no era de los que pueden hacer todos los días las mismas cosas o de los que proceden siempre de la misma manera a la misma hora. Necesitaba estímulos, le gustaban las novedades. Supongo que sólo la ceguera puede llevar a unos padres a pensar que un hijo así podría heredar el negocio familiar.

—Tú no tienes aptitudes para el restaurante. Ya me encargaré yo de él —solía decirle yo.

De noche, en la habitación, mi hermano sonreía amargamente e intentaba convencerse a sí mismo diciéndose: «Soy muy mañoso», o «Tengo muchas ener-

* Tortilla rellena de arroz y otros ingredientes, acompañada con ketchup. (N. del T.)

gías», o «Mamá y papá quieren que regente yo el negocio»...

Mi hermano también era de los que se sienten intranquilos cuando alguien pretende ocupar su sitio.

Ahora veo a mi hermano cuando, de tiempo en tiempo, viene a vernos. Entonces come con nosotros y se va. Por el momento no piensa casarse, todavía quiere disfrutar de su libertad, de modo que las posibilidades de que decida regresar y ocuparse del negocio son nulas.

Ante mi propuesta de encargarme yo del negocio, tras mucho cavilar mis padres llegaron a la conclusión de que a lo mejor no era buena idea decidirlo tan pronto y que, para que no ocurriese como con mi hermano, quizá debía probar antes otras cosas. Que el hijo que creían que iba a continuar el negocio familiar quisiera dedicarse a otra cosa sin duda fue un golpe para ellos.

Por prudencia, para que no me viera obligada a trabajar en el restaurante si después cambiaba de opinión, y a fin de darme tiempo para pensar, me matricularon en la universidad.

Al final no cambié de opinión, así que la universidad sólo me sirvió como experiencia.

Crecer cerca de mis padres, viéndolos trabajar, era para mí algo natural, y consideraba que lo más importante y lo mejor en la vida era haber visto cómo ellos ocupaban poco a poco el lugar de mi difunta abuela y de mi abuelo, que todavía era una especie de símbolo del restaurante y siempre nos ayudaba aten-

diendo a los clientes de toda la vida; de ahí que yo no comprendiera en absoluto a mi hermano, que se había ido de casa porque no le gustaba aquello.

Siempre, ya desde pequeña, he sido muy seria y me ha gustado ser constante en todo. Aún hoy sigo practicando la caligrafía; el ábaco lo dejé hace poco, pero se me da muy bien el cálculo mental, y llevo diez años haciendo cerámica. Durante los últimos ocho años, he adquirido la costumbre de ir de viaje con tres amigas de la infancia a un hotelito en una estación termal en Iwate.

Por eso no comprendía que Iwakura se empeñara en rechazar aquella pastelería especializada en rollos de bizcocho, que gozaba de una situación y unas condiciones inmejorables. Si al menos tuviera una alternativa clara... Pero no era así, y me costaba entender cuáles eran sus intenciones.

Por su manera de hablar, sin explicar realmente demasiado las cosas o lo que sentía, daba la impresión de que rechazaba su suerte porque tenía pájaros en la cabeza.

Yo creí que, al ser ambos hijos de familias con tradición en la hostelería, nos entenderíamos a la perfección y mantendríamos conversaciones fluidas y animadas.

Teníamos en común el estar habituados a cierta responsabilidad, pese a que, como bien sabíamos, no se tratara de una gran responsabilidad.